

Jornada Mundial de Oración por la Santificación de los Sacerdotes 2012

15 de junio de 2012

Queridos sacerdotes:

En la próxima Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, el 15-6-2012, celebraremos, como de costumbre, la Jornada Mundial de Oración para la Santificación del Clero. La expresión de la Escritura *«Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación»* (1Ts 4,3), aunque vaya dirigida a todos los cristianos, se refiere en modo particular a nosotros, los sacerdotes, que hemos aceptado no solo la invitación a "santificarnos", sino también a convertirnos en "ministros de santificación" para nuestros hermanos. Esta "voluntad de Dios", en nuestro caso, por decirlo así, se ha doblado y multiplicado al infinito, tanto que a ella podemos y debemos obedecer en cada acción ministerial que llevamos a cabo. Este es nuestro estupendo destino: no podemos santificarnos sin trabajar para la santidad de nuestros hermanos, y no podemos trabajar para la santidad de nuestros hermanos sin que antes hayamos trabajado y trabajemos para nuestra santidad. Al introducir a la Iglesia en el nuevo milenio, el beato Juan Pablo II nos recordaba la normalidad de este "ideal de perfección", que debe ofrecerse en seguida a todos: *«Preguntar a un catecúmeno: "¿quieres recibir el bautismo?", significa al mismo tiempo preguntarle: "¿quieres ser santo?"»*¹. Ciertamente, en el día de nuestra ordenación sacerdotal, esta misma pregunta bautismal resonó de nuevo en nuestro corazón, pidiendo una vez más nuestra respuesta personal; pero se nos ha confiado para que supiésemos dirigirla también a nuestros fieles, custodiando su belleza y preciosidad.

La conciencia de nuestros incumplimientos personales no contradice esta persuasión, como tampoco lo hacen las culpas de algunos que, a veces, han humillado el sacerdocio a los ojos del mundo. A distancia de diez años —considerando que las noticias difundidas se agravan—debemos dejar que resuenen de nuevo en nuestro corazón, con mayor fuerza y urgencia, las palabras que Juan Pablo II nos dirigió el Jueves Santo de 2002: *«Además, en cuanto sacerdotes, nos sentimos en estos momentos personalmente conmovidos en lo más íntimo por los pecados de algunos hermanos nuestros que han traicionado la gracia recibida con la ordenación, cediendo incluso a las peores manifestaciones del "mysterium iniquitatis" que actúa en el mundo. Se provocan así escándalos graves, que llegan a crear un clima denso de sospechas sobre todos los demás sacerdotes beneméritos, que ejercen su ministerio con honestidad y coherencia, y a veces con caridad heroica. Mientras la Iglesia "expresa su propia solicitud por las víctimas" y se esfuerza por responder con justicia y verdad a cada situación penosa, todos nosotros—conscientes de la debilidad humana, pero confiando en el poder salvador de la gracia divina— "estamos llamados a abrazar el 'mysterium crucis' y a comprometernos aún más en la búsqueda de la santidad". Hemos de orar para que Dios, en su providencia, suscite en los corazones un generoso y renovado impulso de ese ideal de entrega total a Cristo que está en la base del ministerio sacerdotal»*².

Como ministros de la misericordia de Dios, sabemos, por tanto, que la búsqueda de la santidad siempre se puede retomar, a partir del arrepentimiento y el perdón. Pero a la vez sentimos la necesidad de pedirlo, cada sacerdote, en nombre de todos los sacerdotes y para todos los sacerdotes³.

Refuerza nuestra confianza la invitación que la propia Iglesia nos dirige a cruzar nuevamente el umbral de la *Porta fidei*, acompañando a todos nuestros fieles. Sabemos que este es el título de la Carta Apostólica con la cual el Santo Padre Benedicto XVI convocó el Año de la Fe que comenzará el próximo 12-10-2012. Una reflexión sobre las circunstancias de esta invitación nos puede ayudar. Se sitúa en el 50º Aniversario de la apertura del Concilio ecuménico Vaticano II (11-10-1962) y en el 20º Aniversario de la publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica* (11-10-1992). Además, para el mes de octubre de 2012, se ha convocado la Asamblea General del Sínodo de los Obispos sobre el tema de "La nueva

evangelización para la transmisión de la fe cristiana”. Se nos pedirá, pues, trabajar en profundidad sobre cada uno de estos ”capítulos”:

sobre el Concilio Vaticano II, a fin de que sea de nuevo acogido como *«la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX»*: ”Una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza”, ”una gran fuerza para la renovación siempre necesaria de la Iglesia”⁴;

sobre el *Catecismo de la Iglesia Católica*, para que realmente se acoja y se utilice *«como instrumento válido y legítimo al servicio de la comunión eclesial y como una regla segura para la enseñanza de la fe»*⁵;

sobre la preparación del próximo Sínodo de los Obispos, para que sea realmente *«una buena ocasión para introducir a todo el cuerpo eclesial en un tiempo de especial reflexión y redescubrimiento de la fe»*⁶.

Por ahora —como introducción a todo el trabajo— podemos meditar brevemente sobre esta indicación del Pontífice, en la cual todo converge: *«Es el amor de Cristo el que llena nuestros corazones y nos impulsa a evangelizar. Hoy como ayer, él nos envía por los caminos del mundo para proclamar su Evangelio a todos los pueblos de la tierra (cf. Mt 28,19). Con su amor, Jesucristo atrae hacia sí a los hombres de cada generación: en todo tiempo, convoca a la Iglesia y le confía el anuncio del Evangelio, con un mandato que es siempre nuevo. Por eso, también hoy es necesario un compromiso eclesial más convencido en favor de una nueva evangelización para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe»*⁷.

”Los hombres de cada generación”, ”todos los pueblos de la tierra”, ”nueva evangelización”: ante este horizonte tan universal, sobre todo nosotros, los sacerdotes, debemos preguntarnos cómo y dónde estas afirmaciones pueden unirse y consistir.

Podemos, pues, comenzar recordando que ya el *Catecismo de la Iglesia Católica* se abre con un abrazo universal, reconociendo que ”El hombre es ‘capaz’ de Dios”⁸; pero lo hace eligiendo —como su primera cita— este texto del Concilio ecuménico Vaticano II: *«La razón más alta (”eximia ratio”) de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento; pues no existe sino porque, creado por Dios por amor (”ex amore”), es conservado siempre por amor (”ex amore”); y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su Creador. Sin embargo, muchos de nuestros contemporáneos no perciben de ninguna manera esta unión íntima y vital con Dios o la rechazan explícitamente»* (*hanc intimam ac vitalem coniunctionem cum Deo*)⁹.

¿Cómo olvidar que, con el texto que acabamos de citar —precisamente en la riqueza de las formulaciones escogidas— los Padres conciliares querían dirigirse directamente a los ateos, afirmando la inmensa dignidad de la vocación, de la que se habían alejado como hombres? ¡Y lo hacían con las mismas palabras que sirven para describir la experiencia cristiana, en el culmen de su intensidad mística! También la Carta Apostólica *Porta Fidei* inicia afirmando que esta *«introduce en la vida de comunión con Dios»*, lo que significa que nos permite adentrarnos directamente en el misterio central de la fe que debemos profesar: *«Profesar la fe en la Trinidad —Padre, Hijo y Espíritu Santo— equivale a creer en un solo Dios que es Amor»* (ibíd., 1).

Todo esto debe resonar de modo especial en nuestro corazón y en nuestra inteligencia, para que seamos conscientes de cuál es hoy el drama más grave de nuestros tiempos. Las naciones cristianizadas ya no sienten la tentación de ceder a un ateísmo genérico (como en el pasado), sino que corren el riesgo de ser víctimas de ese particular ateísmo que viene de haber olvidado la belleza y el calor de la Revelación Trinitaria. Hoy son sobre todo los sacerdotes, en su adoración diaria y en su ministerio diario, quienes deben encauzarlo todo hacia la *Comunión Trinitaria*: solo a partir de esta y adentrándose en esta, los fieles pueden descubrir verdaderamente el rostro del Hijo de Dios y su *contemporaneidad*, y pueden verdaderamente llegar al corazón de todo hombre y a la patria a la cual todos están llamados. Y solo así los sacerdotes podemos ofrecer de nuevo a los hombres de hoy la dignidad del ser persona, el sentido de las relaciones humanas y de la vida social, y la finalidad de toda la creación. *Creer en un solo Dios que es Amor*: no será realmente posible ninguna nueva evangelización si los cristianos no somos capaces de sorprender y conmover nuevamente al mundo con el anuncio de la Naturaleza de Amor de Nuestro Dios, en las Tres Divinas Personas que la expresan y que nos hacen partícipes de su misma vida.

El mundo de hoy, con sus laceraciones cada vez más dolorosas y preocupantes, necesita al Dios-Trinidad, y anunciarlo es la tarea de la Iglesia. La Iglesia, para poder desempeñar esta tarea, debe permanecer indisolublemente abrazada a Cristo y no dejar nunca que se le separe de Él: necesita santos que vivan "*en el corazón de Jesús*" y sean testigos felices del *Amor Trinitario de Dios*. ¡Y los sacerdotes, para servir a la Iglesia y al mundo, necesitan ser santos!

Vaticano, 26 de marzo de 2012, Solemnidad de la Anunciación de la Santísima Virgen.

Cardenal Mauro Piacenza, Prefecto
Celso Morgia Iruzubieta, Arzobispo tit. de Alba Marítima - Secretario

NOTAS:

[1] Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*, 31.

[2] Juan Pablo II, Carta a los sacerdotes para el Jueves Santo de 2002.

[3] Congregación para el Clero, *El sacerdote, confesor y director espiritual, ministro de la Misericordia Divina*, 9-3-2011, 14-18; 74-76; 110-116 (el sacerdote como penitente y discípulo espiritual).

[4] Cf. *Porta fidei*, 5.

[5] Cf. *ibíd.*, 11.

[6] *Ibíd.*, 4.

[7] *Ibíd.*, 7.

[8] Sección Primera. Capítulo I.

[9] *Gaudium et spes*, 19 y *Catecismo de la Iglesia Católica*, 27.